

¿Quién es mi prójimo?

Sabiduría del Evangelio*

(*La sabiduría no es sólo conocer cosas; significa ver las cosas como Dios las ve. Cuando lees el Evangelio, trata de leer con los ojos y el corazón de Dios.)

Lee la parábola del buen samaritano – Lucas 10, 25-37

En la parábola del buen samaritano, Jesús nos enseña que los dos mandamientos más grandes son amar a Dios y amar al prójimo. Amar a Dios significa mantenerlo en el centro del corazón y la mente. La parábola nos dice que también debemos amar a los demás, porque son personas creadas y amadas por Dios. Este segundo mandamiento a veces resulta difícil de cumplir. Incluso el hombre de la parábola, que era erudito, necesitó ayuda para entender este mandamiento. Le preguntó a Jesús: “Y, ¿quién es mi prójimo?” A veces pensamos que prójimos son solo aquellas personas que viven cerca de nosotros o que son amigos nuestros. A veces nos desentendemos de quienes consideramos que no son prójimos nuestros porque lucen, hablan o actúan de manera diferente. Usando la sabiduría, o sea el corazón de Dios como guía, responde a la pregunta del hombre: ¿Quién es tu prójimo?



Amemos a nuestro prójimo - Respetemos la dignidad de nuestros hermanos

Jesús nos enseña la parábola del buen samaritano para ayudarnos a entender que debemos amar a todas las personas porque son nuestros prójimos. Resumen de la parábola: Asaltan a un viajero judío y lo dejan malherido y tirado junto al camino. Dos personas pasan junto a la víctima y siguen de largo. No sabemos por qué se abstuvieron de socorrer al herido; tal vez iban demasiado ocupados o pensaban que como era un extraño no merecía cuidado. El tercer viajero, el buen samaritano, se detiene y dedica tiempo a cuidar al extraño, a pesar de que los samaritanos y los judíos en esa época eran enemigos. Jesús hace resaltar la conducta del buen samaritano para enseñarnos que debemos cuidar a los demás, especialmente aquellos que son tratados como menos importantes por su raza, edad o capacidad. Cuando cuidamos a los demás, demostramos que respetamos la dignidad que Dios otorga a cada persona humana. Cuando respetamos la dignidad de los demás, demostramos que amamos a Dios.

Cada vida es importante para Dios. Dios quiere que los católicos, que procuramos practicar la parábola del buen samaritano, respetemos y protejamos la dignidad de toda persona humana, cualquiera sea su raza o dónde haya nacido. Creer que los que lucen diferentes de nosotros son inferiores no solo es incorrecto, sino que es un pecado. El racismo es un pecado contra Dios y contra el prójimo, porque niega la dignidad de la persona simplemente por el color de su piel o su lugar de nacimiento. Cuando negamos la dignidad de una persona negamos a Dios, porque él creó a cada persona a su imagen y semejanza. Este pecado del racismo se puede ver en nuestras acciones y en la forma en que pensamos de los demás. El racismo puede surgir en el corazón de una persona, en una escuela, un equipo, una comunidad e incluso una nación.

Opongámonos al racismo

¿Cuándo fuiste testigo de conductas de prejuicio o racismo? ¿Cuál fue tu actitud: víctima, observador, transeúnte? ¿Tuviste el valor de confrontar el racismo? ¿Te alejaste? Escribe tus pensamientos. Anota tres decisiones que tomarás para amar a tus prójimos, sea que conozcas o no sus nombres, y adopta una posición contra el racismo.

Preséntale tu lista a Dios en oración ofreciendo las palabras de la hermana Thea Bowman como tu propia oración personal.

“Quiero que todos recuerden que traté de amar al Señor y de amarlos a ellos.”
Hermana Thea Bowman

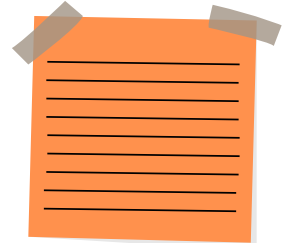
El lado opuesto

Sabiduría del Evangelio

Lee la parábola del buen samaritano – Lucas 10, 29-33

La parábola cuenta que tres hombres diferentes se encontraron con un viajero que, tras haber sido asaltado y robado, yacía abandonado junto al camino. El primero que pasó era un sacerdote; el segundo era un levita, respetado en la sociedad. Estos dos importantes personajes vieron al hombre herido que yacía en el suelo, pero no lo socorrieron; más bien no quisieron mirarlo; de hecho, pasaron al lado opuesto para seguir de largo. No hay duda de que vieron al hombre herido, pero decidieron desentenderse de él.

Imagínate que tú estás en esta escena del Evangelio. Piensa que vas caminando por tu vecindario, tal vez hacia la escuela o a la casa de un amigo, y ves a alguien que está herido y caído en la acera. ¿Qué harías tú? ¿Pasarías de largo? ¿Te detendrías para a ver si la persona está bien? ¿Pedirías auxilio? Escribe cómo te sentirías en esta situación y qué crees que harías.



Asistamos a los necesitados – Trabajemos por el bien común

Los católicos entendemos que el bien común es el derecho que toda persona tiene de acceso suficiente a los elementos y recursos que les permitan llevar una vida satisfactoria. Esto significa que debemos trabajar para equilibrar los bienes personales y los recursos comunitarios de modo que su distribución sea justa para todos.

El tercer hombre de la parábola es el modelo de cómo debemos responder: Se detiene para ayudar al viajero asaltado. Jesús nos da el ejemplo del buen samaritano para enseñarnos cómo amar y atender a nuestros semejantes, especialmente a los necesitados. Cada vez que demostramos cuidado y respeto a nuestros semejantes estamos respetando su dignidad y promoviendo el bien común. Promover el bien común significa trabajar para la creación de una comunidad en la que todas las personas puedan desarrollarse y florecer a su máximo potencial. Es responsabilidad de todos –especialmente de aquellos que disponen de un hogar, familia, alimentación diaria, vecindario seguro y escuela– trabajar de manera que aquellos que tienen menos reciban su justa parte de los recursos. Cuando ayudamos a los demás, como el buen samaritano, hacemos que el mundo sea un lugar más justo para todo el pueblo de Dios.

Muchos son los factores que limitan la capacidad de las personas para crecer y florecer en la sociedad. Uno de los factores que limita el bien común para todos es el racismo. El pecado del racismo puede llevar a una persona, comunidad, e incluso a una nación, a promulgar leyes y prácticas que pongan a un grupo de personas en desventaja frente al acceso a su justa parte de recursos debido al color de su piel o su lugar de nacimiento. Esto rechaza el plan de Dios para el bien común pues limita la capacidad de una persona de enriquecer la comunidad mediante un intercambio equitativo de sus talentos y recursos. Los cristianos, cada uno de nosotros, somos responsables del bien de toda persona humana. Debemos contribuir a velar por el bien de nuestros hermanos abogando por la igualdad de acceso a alimentación, techo, atención sanitaria, educación y trabajo.

Trabajemos por el bien de la comunidad

Una forma de trabajar por el bien común es ver lo que uno tiene en el hogar: alimentos y ropa. ¿Tienes más de lo que necesitas? Cuando compartes de aquello que tienes, contribuyes al bien común. Mejor aún, compra algo para algún necesitado en lugar de comprar algo que quieras para ti. Recuerda que cada uno de nosotros es responsable del bien de todas las personas, cualquiera sea el color de la piel, los antecedentes personales o la situación en la vida. Tus acciones, junto con las de aquellos con quienes interactúas, pueden hacer que el mundo sea la sociedad justa que Dios quiere que tengamos.

“Es un acto de justicia que los ricos ayuden a los pobres.”
Sta. Josefina Bakhita

Movido a compasión

Sabiduría del Evangelio

Lee la parábola del buen samaritano, Lucas 10, 29-34

En esta parábola, Jesús nos dice que el samaritano, al ver al hombre herido que yacía al lado del camino, “tuvo compasión”. Tener ‘compasión’ significa condolerse de la desgracia de otra persona y sentirse conmovido con un fuerte deseo de aliviar su dolor. El samaritano reconoció el dolor del hombre necesitado y, movido a compasión, vendó sus heridas y se hizo cargo de él.

Piensa en alguna ocasión en la que tú te diste cuenta de la desgracia de alguien. ¿Cómo le demostraste compasión? Escribe lo que sentiste al ayudar a cuidar a esa persona.



Seamos compasivos al cuidar a los demás – La solidaridad en acción

El buen samaritano nos muestra lo que significa ser solidarios con los demás. La solidaridad forma parte de la doctrina social católica, junto con la dignidad de la persona humana y el bien común. La solidaridad nos recuerda que, siendo miembros de la familia humana, todos debemos darnos cuenta de las injusticias y las necesidades de nuestros semejantes y trabajar con ellos para aliviar su sufrimiento. Esto puede parecer difícil o que no nos compete a nosotros; o podemos pensar que no somos responsables de los padecimientos de otros si no los causamos nosotros; sin embargo, puesto que somos hermanos amados por Dios, todos somos responsables unos de otros. Jesús nos enseñó a solidarizarnos con los que sufren por muchas causas –opresión, racismo, pobreza, enfermedad o aislamiento– para enaltecer su dignidad con nuestras palabras y acciones.

En el curso de la historia, el racismo ha provocado dolor y sufrimiento para muchas personas simplemente por el color de su piel o su procedencia. Aquellos que han sido víctimas de racismo, o que han presenciado actos de racismo perpetrados contra sus familiares o su comunidad, experimentan heridas profundas. Hoy se sigue cometiendo el pecado del racismo. Cuando hay suficientes personas que piensan y actúan en forma racista en una comunidad, el racismo se convierte en parte de la cultura, y esa cultura racista conduce luego a crear leyes y prácticas que ponen a las personas en desventaja por el color de su piel o su lugar de nacimiento. Este es un dolor muy real que muchos hermanos nuestros experimentan hoy en día. Esto no debe continuar. Cada uno de nosotros debe tomar la decisión de ser parte de la solución. Esta es la solidaridad: darse cuenta de la injusticia y comprometerse a cambiar.

Seamos solidarios con los demás

La película “Just Mercy” (Solo misericordia), relata la historia de un hombre que fue acusado y condenado a muerte por un crimen que no cometió. El siguiente videoclip explica cómo el racismo condujo a la injusticia cometida específicamente contra Walter McMillian, pero también contra muchas otras personas de color: https://www.youtube.com/watch?v=-b_9PBKQgkQ

Un primer paso para solidarizarse con los demás es darse tiempo para escuchar sus historias. Reflexiona sobre el caso de Walter McMillian, o tal vez conozcas a otros que han sido víctimas de racismo. ¿Cómo te sientes al pensar en lo que experimentaron? ¿Qué puedes hacer tú en favor de aquellos que han sido lesionados por la injusticia, especialmente por palabras, actos o prácticas racistas?

“La compasión, mi querido hermano, es preferible a la limpieza. Piensa que con un poco de jabón puedo lavar fácilmente las sábanas de mi cama, pero ni con un torrente de lágrimas jamás podría lavar de mi alma la mancha que crearía mi dureza hacia los desafortunados.”
San Martín de Porres

Preocúpate de cuidarlo

Sabiduría del Evangelio

Lee la parábola del buen samaritano, Lucas 10, 29-37

En la parábola del buen samaritano, dos extraños (un samaritano y un posadero) se preocupan de atender a las necesidades de un hombre herido. Cada uno desempeña una parte para ayudar a la víctima a recuperarse. El samaritano, al ver al viajero herido y abandonado junto al camino, se detiene para curarle las heridas urgentes. Consciente de que debe continuar su viaje, lo lleva al posadero y le pide a éste que le dé albergue y comida para su recuperación. Cooperando juntos, los dos usan sus dones particulares para cuidar al necesitado.

Dios nos creó a cada uno con dones singulares y con talentos y recursos para compartir. Al igual que el samaritano y el posadero, cada uno de nosotros está llamado a usar lo que Dios nos ha dado para servir, y especialmente para atender a las necesidades de los demás. Piensa en los dones y recursos que Dios te ha dado. ¿Cómo puedes usar tus dones para servir de los demás?



Cada uno hace su parte – La base de la subsidiariedad

En la generosidad del samaritano y del posadero, Jesús nos da un modelo de cómo se ha de trabajar por el bien común para todos. Este Evangelio pone de relieve el principio católico de subsidiariedad. En la subsidiariedad, reconocemos los derechos y la responsabilidad de cuidar el bien común de cada persona. Practicamos la subsidiariedad cuando compartimos nuestros dones y talentos, y permitimos que otros compartan sus dones y talentos, para que todos logren crecer y progresar. A menudo practicamos este principio de la subsidiariedad en nuestras familias. En el hogar, cada uno es responsable de cumplir una tarea específica: uno prepara la cena, otro pone la mesa, otro saca la basura, etc. Cumpliendo la tarea que nos corresponde, contribuimos al bien de toda la familia.

La subsidiariedad nos ayuda a enfrentar el mal del racismo tan flagrante hoy en día. Demasiadas personas o grupos de personas son discriminadas en función de su raza, origen étnico o lugar de nacimiento. El racismo solo puede ser superado por el compromiso de amar y cuidar el bien de toda persona humana. Aunque tal vez no podamos hacer algo para eliminar el pecado del racismo en todos los pueblos y estructuras, tenemos la responsabilidad de confrontar los conceptos, las acciones y las conductas de discriminación en nuestra propia vida y alentar a otros a hacer lo mismo. Siguiendo el principio de la subsidiariedad, debemos comprometernos a no volver a utilizar palabras racistas, hacer bromas racistas o participar en acciones que menoscaban la dignidad de otra persona. La subsidiariedad exige que no solo renunciemos a las prácticas discriminatorias, sino que también actuemos para crear una comunidad en la que todos tengan las mismas oportunidades de vivir, aprender y crecer para llegar a ser la persona que Dios quiso que fuera.

Vivamos la subsidiariedad

¿Qué pasaría si, en la parábola del buen samaritano, éste y el posadero hubieran ayudado a alguien que hubiera sido asaltado por ser una persona de color? Reescribe la historia para expresar de qué modo cada uno de ellos pudo haber puesto en práctica el principio de la subsidiariedad para luchar contra ese caso de racismo. ¿Qué papel interpretarías tú en ese relato?

“Nunca he pensado que soy esclavo de ningún hombre o mujer, pero sí soy siervo de Dios Todopoderoso que nos creó a todos. Cuando uno de sus hijos está necesitado, con gusto puedo ser su esclavo.”

Venerable Pierre Toussaint